

FONTAN (Pierre): *Le primat de l'acte sur l'énoncé*, en «Revue Philosophique de Louvain», Louvain, febrero 1955, tomo 53, págs. 40-53.

Todo valor reivindica su verdad como un título definitivo, no como una simple parte de él mismo o como un elemento accidental. La verdad se identifica con la justificación inmanente que la hace concorde con el pensamiento. La verdad, por consiguiente, no es un residuo de los valores. O la verdad subsiste o los valores no existen. Existe una verdad incluso de los hechos más neutros, más contingentes o más negativos. Esta universalidad no es un denominador común, una forma abstracta o derivada de la experiencia. Más allá de la experiencia la verdad aparece como la experiencia misma, es decir, como cualidad del juicio que la verdad hace auténtico. Seguiremos el pensamiento, a este respecto, de Merleau-Ponty, precisando su pensamiento para mejor situar el nuestro.

El primer problema consiste en saber si lo que Merleau-Ponty llama «fenomenología de la percepción» es o no un retorno al realismo. No se trata precisamente de una vuelta al realismo, sino de tomar como punto de partida un contacto con el mundo que precede a todo pensamiento sobre el mundo. En este sentido es realismo, pero no en el sentido tradicional.

Siguiendo este punto de vista, Merleau-Ponty rechaza el positivismo, el idealismo y el formalismo kantiano. Es decir, se rechaza todo aquello que implica un punto de partida anterior, sólo especulativamente anterior al primigenio e imprescindible contacto con el mundo. Para este contacto hemos de tener en cuenta los datos «ingenuos» que la conciencia nos ofrece más allá de cualquier reflexión. En este sentido la percepción, descubriéndonos al fenómeno, descubre el ser en el fenómeno. Pero el descubrimiento del ser en el fenómeno se hace en mí y por mí. Yo soy el ser en el que el Ser aparece fenomenizado. Esta fenomenización surge con la percepción del mundo.

Esto implica que la percepción de un saber absoluto está más allá de mis posibilidades, en cuanto el fenómeno es ya de suyo relativo. De modo que lo relativo y el relativismo son un hecho, hecho que no se puede negar ni dis-

cutir. Pero precisamente que no pueda discutirse lleva a una cierta superación, ya que lo relativo aparece con un cierto valor de absoluto. De este modo la experiencia por la percepción se constituye en punto de partida y punto de llegada. La filosofía no es sino una expresión especulativa del realismo laborioso que depende de nosotros aunque está más elevado que nosotros mismos.—E. T. G.

NIEL (Henri): *Philosophie et Histoire*, en «Revue Internationale de Philosophie», fasc. 3, año 8.º, Bélgica, páginas 283-294.

La *Lógica de la Filosofía*, de Eric Weil, ofrece, dentro de su carácter de tesis doctoral, unas pretensiones de singular audacia que corren el riesgo de permanecer incomprendidas quizás menos por razón de tu tecnicidad que por causa de la circularidad de un pensamiento que en cada uno de sus estadios dice todas las cosas a la vez. Fundamentalmente el libro de Eric Weil se construye sobre la siguiente problemática: A menos de negar toda su estructura, la filosofía trata de fundamentar al hombre sobre lo eterno, pero en un mundo que ha descubierto la historia. ¿Qué lugar hay para la eternidad? ¿Puede ser esta eternidad otra cosa que una realización? Esta obra de Weil, que se inscribe en la línea de la fenomenología de Hegel, tiende a construir partiendo de la experiencia de la insatisfacción, cuya insatisfacción explicaría la conducta humana, el proceso de la filosofía. Se recogen, pues, todas las tentativas en pro de la construcción filosófica, cuyo conjunto atiende a la búsqueda de la verdad, lo que, a su vez, implica un cierto fin para la historia. La historia es incomprensible si no se le atribuye un cierto fin, cuyo fin no implica el acabamiento de los tiempos, sino la conciencia de la finalidad. Por consiguiente, hay un horizonte común a toda existencia humana; este horizonte común que ofrece la historia recoge en una interna lógica cooperadora los esfuerzos por la filosofía. Así, la filosofía se presenta como libertad, ya que teorizar es un modo superior de libertad en cuanto sólo la teoría puede rebasar la distancia entre lo concreto y lo absoluto. Las distintas teorías son distintos intentos de superación que se rea-



lizan según el fin y sentido de la historia. Se da, pues, en lo profundo de este libro una oposición en cuya polaridad se realiza toda la obra. La oposición categoría-actitud. Desde las actitudes el mundo nos envía a Dios. Desde las teorías Dios nos envía al mundo. De aquí que no se pueda romper ni con la acción ni con la teoría, y de aquí también que en toda filosofía, junto a la pretensión teórica, haya de haber una pretensión práctica. Esta pretensión práctica va vinculada a la pretensión cristiana de fundar la posibilidad de la reconciliación del hombre consigo mismo, con los demás y con Dios. El fin de la historia, lo mismo que el fin individual, y, por consiguiente, la filosofía como intermediaria, apuntan a lo absoluto, sin el cual cualquier sentido sería contradictorio.—E. T. G.

ABBAGNANO (N.): *Il lavoro storiografico in filosofia*, en «Rivista di filosofia», vol. XLVI, Torino, 1955, enero, número 1, págs. 4-17.

El objeto del presente trabajo no es el de determinar qué cosa sea en general la historia de la filosofía, sino mejor determinar las condiciones de aquel tipo de trabajo especial que se considera propio de los historiadores de la filosofía. En principio, y como determinación amplia de la problemática de que hemos de tratar, propongo que se entienda como objeto del trabajo del historiador de la filosofía el campo de las investigaciones histórico-filosóficas en cuanto constituido por la interpretación de la experiencia humana.

Por experiencia entendemos cualquier investigación relativa al modo de ser del hombre, de las cosas del mundo, de Dios o del ser en general. En puridad no cabe decir experiencia, sino experiencias, ya que éstas han de ser múltiples. Por otra parte, si hablamos de experiencias humanas, es porque queremos distinguir este tipo de experiencias de aquellas que tienen un fin instrumental. La experiencia del médico va dirigida a aumentar sus conocimientos profesionales, pero sus resultados interesan científicamente sólo a los médicos o profesiones afines. Sin embargo, por experiencias humanas entendemos aquellas cuyos resultados tienen un valor general e interesan a todos los hombres; por ejemplo, las relaciones interhumanas.

Estas experiencias han de ser interpretadas. Una interpretación es un juicio generalizado o generalizable en torno a un grupo más o menos extenso de experiencias humanas. Así, esta función interpretativa caracteriza al historiador de la filosofía. Ahora bien, considerando todo esto, conviene que investiguemos cuáles son las condiciones concretas por las cuales la actividad historiográfica se realiza en el campo de la Historia de la Filosofía. En primer lugar, se ha de contar con un cierto material documental, textos, biografías, etc. Este material ha de ser auténtico. La investigación de tal material y su autenticidad corresponde a lo que podríamos llamar «historia arqueológica», o también erudición, pero sobre esta historiografía hay que construir la historiografía especulativa superior. La segunda condición es la valoración crítica en el sentido de ser una vinculación crítica con el pasado. En todo momento histórico cultural estamos en una vinculación especial del pasado, cuya vinculación es necesario reconocer. De aquí la importancia de la individualización histórica de los diversos períodos y la importancia de la cronología. Seguirían a estas condiciones un canon o regla de selección historiográfica, ya que todos los hechos no son historiables, o no deben serlo, y la delimitación de los problemas en una línea lógica congruente. En cierto modo, esta última condición se refiere a lo que podríamos llamar canon de las relaciones históricas.—E. T. G.

ABBAGNANO (N.): *L'ultimo Croce e il soggetto della storia*. «Rivista di Filosofia». 1953, núm. 3, vol. XLIV, páginas 300-363.

En el último período de una vida admirable al servicio del estudio y en defensa de la libertad, la actividad filosófica de Benedetto Croce estaba dirigida sobre todo a estos tres temas: 1.º La categoría de la «vitalidad» que expresa, con cierta diferencia, la de la utilidad, como instrumento para comprender la racionalidad de la Historia en sus puntos más dudosos y desconcertantes; 2.º La distinción entre la racionalidad necesaria de la Historia como pensamiento, y la racionalidad libre de la Historia como acción, y en consecuencia, entre conciencia historiográfica y conciencia práctica o moral;